B. EL TEMOR, LA PIEDAD FILIAL Y SU RELACION CON LOS OTROS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Jesús, en su humanidad santísima tiene la plenitud de los dones del Espíritu Santo (cf. Is 10, 1-3), los ejercitó de modo perfecto en cada acto de su vida.[1] Como quiera que Jesucristo es el ejemplar de nuestra filiación divina, y por la virtud de su gracia somos miembros suyos, se dice que también nosotros hemos de participar de estos dones.[2]

1. La acción divina por los dones del Espíritu Santo y el actuar humano bajo su moción

«Los dones son hábitos que perfeccionan al hombre para secundar con prontitud la moción del Espíritu Santo, así como las virtudes morales perfeccionan las facultades apetitivas para obedecer a la razón. Del mismo modo que todas la facultades apetitivas se mueven bajo el imperio de la razón, también todas las facultades humanas pueden ser movidas por el instinto divino como por una potencia superior. Por eso, en todas las facultades del hombre que pueden ser principios de actos humanos en las que hay virtudes, hay también dones; es decir, en la razón y facultad apetitiva».[3] Mientras que las virtudes son al modo de la

---

[1] Cf. *Expositio in Isaiam*, c. 11 lec. 4, n. 1; *S. Th.*, III, q. 7, a. 5 y a. 6.

[2] «También el Espíritu Santo, cuando viene a morar en nuestros corazones como templos suyos, enriquece y hermosea esta su nueva morada con sus múltiples dones, según la medida con que nos comunica su gracia y el grado de nuestra incorporación mística al Verbo encarnado»: J. TERRIEN, *o. c.*, p. 143; cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 1 ss., que es la doctrina más común desde entonces, sobre los dones. Cf. A. GARDEIL, *Dons du Saint-Esprit*, en DTC 4, Paris 1920, col. 1739.

[3] «Dona sunt quidam habitus perficientes hominem ad hoc quod prompte sequatur instinctum Spiritus Sanctui, sicut virtutes morales perficiunt vires appetitivas ad obediendum rationi. Sicut autem vires apetitivæ natæ sunt moveri per imperium rationis, ita omnes vires humanæ natæ sunt moveri per instinctum Dei, sicut a quadam superiori potentia. Et ideo in omnibus viribus hominis quæ possunt esse principia humanorum actuum, sicut sunt virtutes, ita etiam sunt dona: scilicet in ratione, et in vi appetitiva»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 4. «Per virtutes theologicas et morales non ita perficitur homo in ordine ad ultimum finem, quin semper indigeat moveri quodam superiori instinctu Spiritus Sancti...»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 2 ad 2. «Dona sunt quædam perfectiones hominis, quibus disponitur ad hoc quod homo bene sequatur instinctum Spiritus Sancti. Manifestum est autem ex supradictis quod virtutes morales perficiunt vim appetitivam secundum quod participat aliqualiter rationem, inquantum scilicet nata est moveri per imperium rationis»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 3 c. «Dona sunt quidam habitus perficientes hominem ad hoc quod prompte sequatur instinctum Spiritus Sancti, sicut virtutes morales perficiunt vires appetitivas ad obediendum rationi. Sicut autem vires appetitivæ natæ sunt moveri per imperium rationis, ita omnes vires humanæ natæ sunt moveri per instinctum Dei, sicut a quadam superiori potentia. Et ideo in omnibus viribus hominis quæ possunt esse principia humanorum actuum, sicut sunt virtutes, ita etiam sunt dona, scilicet in ratione, et in vi appetitiva»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 4 c. Cf. JUAN DE SANTO TOMAS, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, trad., intr. y notas de I. G. MENÉNDEZ-REIGNADA, CSIC, Madrid 1948, c. 3, n. 13, p. 224; cf. la nota crítica de M. LLAMERA, en CT 79 (1952), pp. 481-498.

facultad correspondiente los dones mueven a actuar por un superior instinto del Espíritu Santo. Las virtudes morales perfeccionan nuestro querer para que actúen nuestras fuerzas apetitivas según el imperio de la razón, y de igual modo los dones perfeccionan al hombre para seguir el instinto del Espíritu Santo, como una superior potencia, en la razón y la fuerza apetitiva. Los dones, para Santo Tomás, son hábitos operativos que hacen al hombre justo, dócil a las mociones del Espíritu Santo. Todos están vinculados entre sí; se da entre ellos una cierta redundancia.[4] y se dan principalmente en Cristo y en el cristiano por participación, y permanecen en el cielo.[5] Y estos dones están unidos entre sí, señala Santo Tomás, por la caridad que unifica toda la vida moral: así como las facultades apetitivas se disponen por las virtudes morales para seguir el dictamen de la razón, así también por los dones las facultades todas del alma están bien dispuestas para la moción del Espíritu Santo. Mas el Espíritu Santo habita en nosotros por la caridad, según: *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rom 5, 5); de la misma manera que nuestra razón se perfecciona por la prudencia. Por consiguiente, así como las virtudes morales se conectan todas en la prudencia, así los dones del Espíritu Santo están conexos en la caridad, de suerte que quien tiene la caridad tiene todos los dones del Espíritu Santo, y ninguno de ellos puede tenerse sin la caridad.[6] Aquí tenemos los elementos para una moral basada en la caridad pero no parece que se saquen más consecuencias.

La actividad del Paráclito no hace acepción de personas, observa el Aquinate,[7] y como manifestación de su voluntad salvífica desciende sobre todos

---

[4] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 5. J. C. DOMINGUEZ, *La vida en el Espíritu: necesidad de los dones del Espíritu Santo*, Tesis doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona 1983, p. 89; cf. la publicación de una parte de la misma, con el mismo título, en «Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia» de la Universidad de Navarra, 11 (1987), pp. 287-376; A. CHACON, *La libertad creada y el fin*, cit., pp. 245-247.

[5] Obtenida la capacidad de lo sobrenatural, el alma recibe de Dios una «sigilación» y con ella los dones de la sabiduría y el amor, por los cuales se hacen delectables las Personas divinas, ya en la tierra, aunque de modo imperfecto. Y de este modo no sólo usamos dichos dones sino mediante ellos gozamos de las Personas divinas: cf. *C. G. S. Th.*, I, q. 43, a. 3 ad 1.

[6] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 5 c. Distingue también algunos dones de lo que son gracias gratis dadas, por ejemplo la sabiduría y la ciencia pueden ser gracias otorgadas para instruir a otros, y también dones: cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 5 ad 1. «Bajo el régimen de los dones el alma obra en virtud de cierta connaturalidad y experiencia de las cosas divinas, en cuanto que es movida por el instinto del Espíritu Santo, que es la medida a la cual deben ajustarse ese tipo de mociones»: M. FERRERO, *Naturaleza de los dones*, cit., pp. 581-582. Cf. J. SANTANA CRUZ, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, Tesis doctoral, Universidad de Navarra, 1979; puede verse la relación de los dones con las bienaventuranzas y los frutos (pp. 113-145), y el modo en que actúan (pp. 354-373).

[7] Cf. *In I ad Thes.*, c. 1, lec. 1 [13].

los que están dispuestos a recibirle (cf. Act 2, 4), se derrama sobre toda carne (cf. Joel 2, 28). Estos dones crecen con la caridad, y llevan a la docilidad.[8]

Mediante los dones, el cristiano se diviniza en un empeño por vivir mejor su filiación divina siguiendo fielmente las mociones del Espíritu divino.[9]

2. Relaciones entre los dones de la piedad y el temor de Dios, según Santo Tomás

Los dones del temor y la piedad filiales están profundamente relacionados entre sí y con la filiación divina, en la explicación de S. Tomás: *No habéis recibido un espíritu de esclavitud para caer de nuevo en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos* (Rom 8, 15). En efecto, en el amor no hay temor (cf. 1 Io 4), porque el temor mira al castigo; al contrario, el amor nos hace no sólo libres sino hijos, de modo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos (cf. 1 Io 3).[10]

Puede y debe haber un temor de Dios, dirá Santo Tomás,[11] pues se ha visto que hay varios tipos de temor; desde luego no se debe tener temor mundano ni servil con Dios, sino filial.[12] Y este temor está intrínsecamente unido a la piedad. Nos parece que puede establecerse en los textos del Aquinate una especial relación entre los dones del *temor de Dios* y de la *piedad* con la filiación divina. El don de temor ayuda al hombre que es consciente de su fragilidad, a esforzarse en permanecer como instrumento dócil en las manos de Dios. La piedad, virtud propia de los hijos, sobrenaturalmente es perfeccionada por el correspondiente don del Espíritu Santo que facilita al hombre reconocerse como hijo de Dios y

---

[8] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 5, c. La teología de los dones del Espíritu Santo está sistematizada por S. Ambrosio, S. Agustín y S. Gregorio Magno: «la entrada del reino de los cielos se nos abre por la gracia septiforme que Isaías atribuye a la Cabeza y miembros del Cuerpo místico» (S. GREGORIO MAGNO, *In Ezechielem Prophetam* 1, 2, hom 7: PL 76, 1016). A partir de la tradición patrística, construye S. Tomás su trabajo especulativo. Esos dones se ordenan a la perfección de las virtudes teologales como a su fin, a poder ejercer sus actos propios, movidos por el instinto divino: cf. *S. Th.*, II-II, q. 9, a. 1, ad 3; BEATO J. ESCRIVA, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 135. Según el grado de gracia, recibimos más o menos estos dones, y de modo análogo a como crece la bondad natural al hombre se le ha dado la gracia como un principio de vida que debe ir creciendo; crece más en cuanto esta forma se posee más enraizada en el sujeto: cf. *De Virtutibus in communi*, a. 11.

[9] Ver cuanto se ha dicho sobre el *instinto del Espíritu Santo* en el cap. 2 sobre la docilidad, en el ejercicio de las virtudes, por la fuerza del amor: «siamo così arrivati al fondo antropologico della morale rivelata»: R. GARCIA DE HARO, *Il rapporto natura-grazia... o. c.*, p. 348. «Quanto magis homo vult divinæ sapientiæ capere, tanto magis conari debet ut propinquior fiat Iesu (...) Nam divinæ sapientiæ secreta illis præcipue revelantur qui Deo iuncti sunt per amorem»: *In Io Ev.*, c. 13, lec. 4. «Su ejercicio proviene de nuestras facultades como de su principio de acción, surgiendo así de la forma constitutiva de nuestro obrar divinizado»: M.-M. PHILIPON, *Les dons du Saint-Esprit*, cit., p. 130.

[10] Cf. *Duo præcepta caritatis*, proem, 3 [1152].

[11] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 1.

[12] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 2; *In III Sent.*, d. 34, q. 1, qla. 2; *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3.

obrar en consecuencia.[13] Por él, bajo el instinto del Espíritu Santo, ofrecemos sumisión y reverencia a Dios como Padre, dirá el Aquinate: «Por el don de piedad, el Espíritu Santo nos mueve para que tengamos un afecto filial a Dios: como se dice en Rom 8, 15: *accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*».[14]

Santo Tomás, al analizar este don, ve que su especificidad es el afecto filial que empuja a agradar a Dios en todo momento, es un instinto producido por el Espíritu Santo, culmen de la vida espiritual, pues -dirá el Aquinate- «dar culto a Dios como a Padre es mucho más excelente que dárselo como a Creador y como a Señor».[15]

3. Temor y amor filial, en relación con las virtudes teologales, según Santo Tomás

a) *Temor y esperanza.* Hemos de retomar aquí cuanto se dijo más arriba (cap. II, A 3), en la perspectiva del "don del temor", en cuanto desplegarse el don del Espíritu en sus aspectos septiformes. «Todo temor proviene del amor; porque el hombre teme perder lo que ama. Así pues, como el amor es doble, también es doble el temor: uno es el temor santo, que es causado por lo santo; otro no santo, que es causado por lo no santo. El amor santo es aquel con el que Dios es amado: *la caridad de Dios está derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado* (Rom 5, 5). Este amor santo cumple tres funciones: en primer lugar, teme ofender a Dios. En segundo lugar, rehúsa apartarse de El. Por último, se somete a Dios por reverencia: a este temor se le llama casto y filial».[16] Y esto en relación con la caridad, pues al aumentar la caridad -en su intensidad, en la participación del amor divino-, el hombre recibe con mayor plenitud los dones del Espíritu Santo. A medida que crece la caridad crece el amor en el "temor", por decirlo así: el temor de la pena, señala S. Tomás, disminuye según va creciendo la caridad, porque cuanto más ama uno a Dios, menos teme la pena; más el temor filial, que nace del amor, es necesario que crezca en proporción del crecimiento de su causa, porque cuanto más se ama a un amigo, tanto más se teme ofenderle y

---

[13] Cf. *S. Th.*, I, q. 42, a. 4 ad 1.

[14] «Dona Spiritus Sancti sunt quædam habituales animæ dispositiones quibus est prompte mobilis a Spiritu Sancto. Inter cetera autem, movet nos Spiritus sanctus ad hoc quod affectum quendam filialem habeamus ad Deum, secundum illud Rom 8, *accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*. Et quia ad pietatem proprie pertinet officium et cultum patri exhibere, consequens est quod pietas secundum quam cultum et officium exhibemus Deo ut Patri per instinctum Spiritus Sancti sit Spiritus Sancti donum»: *S. Th.*, II-II, q. 121, a. 1, c. cf. *S. Th.*, II-II, q. 121, a. 1. Por la fuerza del Espíritu Santo -que es el Espíritu del Hijo (Gal 4, 6; Rom 8, 9.14-17; Eph 1,3-5)- se establece una relación filial con el Padre procede de su participación en la filiación del Unigénito (cf. Io 1, 14; cf. *S. Th.*, III, q. 23, aa. 1-3).

[15] *S. Th.*, II-II, q. 121, a. 1, ad 1. La piedad corresponde a la justicia (cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 4, ad 2), pero el don eleva las relaciones (derechos-deberes) con un matiz nuevo, y unos efectos profundos: amor filial (cf. Rom 8). Cf. J. DE SANTO TOMAS, *Los dones...*, cit., p. 27.

[16] *In Ps.* 18: Vivès, 18, 331.

separarse de él.[17] La caridad echa fuera el temor (*perfecta charitas foras mittit timorem*: 1 Io 4, 18), y da un espíritu de libertad o esclavitud del amor, opuesto a la servidumbre del pecado que transfigura el alma, según una cierta semejanza de las almas del cielo.[18]

El temor parece opuesto a la esperanza, pero no es así, no está el temor filial en relación al castigo sino que es distinto, permanece después de la vida, dura eternamente, dirá S. Tomás.[19] Así, el temor servil (temor de la pena) en la gloria no podrá darse, porque ya no habrá posibilidad de ser castigados. El temor filial sí, y no está opuesto a la esperanza, del mismo modo que en los condenados el temor de la pena permanece en el dolor. El temor lleva consigo el defecto natural de la criatura, por el que se dista infinitamente de Dios y que permanecerá también en la patria, de ahí que el temor no se desvanecerá totalmente.[20]

En fin, dentro de este mistero qeuremos destacar que Al estudiar Santo Tomás el don del temor de Dios, lo hace también en la perspectiva de la virtud de

---

[17] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 10. «Ad secundum dicendum quod ex amore sequitur timor filialis, sicut etiam et alia bona opera quæ ex caritate fiunt. Et ideo sicut post præceptum caritatis dantur præcepta de aliis actibus virtutum, ita etiam simul dantur præcepta de timore et amore caritatis»: *S. Th.*, II-II, q. 22, a. 2 ad 2. A través de esta semejanza que de ahí deriva, dice S. Tomás, Dios puede estar en la criatura de un modo más perfecto: la penetra y la dirige con más facilidad (cf. *In III Sent.*, d. 36, q. 1, a. 4 sc.). Así el hombre no sólo tiene más dominio sobre sus pasiones, sino que también se ocupa intensamente en practicar la virtud: se va metiendo en Dios, y aumenta el temor de Dios: cf. *S. Th.*, I-II, q. 24, a. 5, ad 3. Y esto supone una sujeción mayor a Dios, que le lleva a seguir con más rapidez y prontitud las mociones recibidas por los dones del Espíritu Santo: cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 10. Y sigue explicando: la abundancia de caridad da al alma un mayor dominio de sí, libertad de movimientos (cf. 1 Cor 2, 15), destierra el temor de la pena: quien obra por amor, obra por una moción que viene de lo más íntimo, y contra todo carácter de servidumbre. Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 4.

[18] «*Perfecta charitas foras mittit timorem* (1 Io 4, 18). Dicendum quod charitas expellit timorem servilem: sed filialis timor dupliciter permanet: scilicet in patria...»: *In Ps.*, c. 18, lec. 1; cf. *In ad Rom.*, c. 8, lec. 3. Hemos ido viendo como en S. Tomás está contrapuesto el pecado a la libertad de la gracia, el temor filial y la servidumbre del amor de Dios contrapuesto al temor mundano o servil, etc. Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9, c. Por eso el temor ocupa, por así decir, el primer puesto entre los dones del Espíritu Santo en orden ascendente, y el último en orden descendente, como explica S. Agustín (en ad. 3 y 4 distingue el temor de la caridad, y de la esperanza). Cf. *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 6: *Escritos de Catequesis*, p. 91.

[19] «Præterea, spei opponitur timor. Sed timor manet post hanc vitam, et in beatis quidem timor filialis, qui manet in sæculum; et in damnatis timor poenarum». *S. Th.*, I-II, q. 67, a. 4, ag 2; cf. q. 19, a. 9 ad 2. La parte negativa del temor desaparecerá en el cielo. Tiene dos actos: uno es el de reverencia a Dios, y en cuanto a él permanece, otro es el acto de temer la separación de Dios, y en cuanto a éste no permanece, porque separarse de Dios es un mal, y allí no se temerá mal alguno, según se lee: *se gozará abundantemente, desapareciendo el temor de los males* (Prv 1, 33). Cf. *S. Th.*, I-II, q. 67, a. 4 c. «Timor vero filialis habet duos actus: scilicet revereri Deum, et quantum ad hunc actum manet; et timere separationem ab ipso, et quantum ad hunc actum non manet. Separari enim a Deo habet rationem mali: nullum autem malum ibi timebitur secundum illud. Prov 1, 33: *Abundantia perfruetur, malorum timore sublato*»: *ibid.*, ad 2.

[20] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 11, ad 3.

la esperanza.[21] El don de temor corrobora la esperanza de la vida eterna, porque es como una prenda de que la heredaremos: *Habéis sido marcados con el Espíritu Santo de la promesa, el cual es prenda de nuestra herencia* (Eph 1, 13-14). Sobre el temor santo se dice: *temed a Yavé, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen* (Ps 33, 10). El temor mundano no permanece sino en el mundo; el servil permanece en los malos eternamente, pero el santo permanece en los buenos. De éste dice el Salmo 18, 10: *el santo temor de Dios permanece por siempre*. Y entonces, ¿de donde es que *la perfecta caridad arroja fuera el temor?* (1 Io 4, 18). Ha de entenderse que la caridad arroja fuera el temor servil, pero el temor filial permanece de doble manera, a saber, en la patria. Y en el binomio temor-esperanza dice que en cuanto a su premio: *la esperanza de los pobres no ha de ser por siempre fallida* (Ps 9, 19). No que permanezca la esperanza, porque allí no hay tribulación, sino su fruto; y así permanece el fruto del temor: *al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, y el día de su fin hallará gracia* (Eccl 1, 13). O permanece según algún acto de sí: no porque tema ofender, puesto que allí no teme el pecado ni la separación, sino por lo que se refiere a la reverencia, puesto que se somete a Dios y no se atreverán a igualarse a El: *las columnas del cielo se tambalean y se estremecen a una amenaza suya* (Job 26, 11).[22] En el Génesis se refiere también a Abraham este temor: *ahora conocí que temes al Señor* (Gen 22, 12), es decir, *te hice conocer*. Se habla aquí de un temor casto, que no se da sin la gracia.[23]

«El temor filial no es contrario a la virtud de la esperanza, ya que por él no tememos que nos falte lo que esperamos alcanzar por el auxilio divino, sino tememos retraernos de ese auxilio. Así, el temor filial y la esperanza se complementan y perfeccionan mutuamente».[24]

Por esto, S. Tomás afirma que el don el temor no importa separación sino unión, al que está sujeto.[25] Los dones «perfeccionan la mente humana para seguir la moción del mismo Espíritu, lo cual tendrá lugar sobre todo en el cielo cuando Dios sea *todo en todas las cosas* (1 Cor 15, 28)».[26] Ahí la sumisión a Dios será

---

[21] Cf. también *S. Th.*, I-II, q. 68. al tratar de los dones en general, y *Expositio in Isaiam*, c. 11).

[22] Cf. *In Ps.*, 18: Vivès, 18, 331-332.

[23] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 112, a. 5.

[24] «Timor filialis non contrariatur virtuti spei. Non enim per timorem filialem timemus ne nobis deficiat quod speremus obtinere per auxilium divinum: sed timemus ab hoc auxilio nos subtrahere. Et ideo timor filialis et spes sibi invicem cohærent et se invicem perficiunt» (*S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9 ad 1).

[25] «Timor filialis non importat separationem, sed magis subiectionem ad ipsum: separationem autem refugit a subiectione ipsius. Sed quodammodo separationem importat per hoc quod non præsumit se ei adæquare, sed ei se subiicit. Quas etiam separatio invenitur in caritate, inquantum diligit Deum supra se et supra omnia. Unde amor caritatis augmentatus reverentiam timoris non minuit, sed auget»: *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 10 ad 3.

[26] *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 6.

perfecta, sin solicitud de la flaqueza ni pecado, en una perfecta contemplación.[27] Según el Aquinate, mientras que la fe informe causa el temor servil, este temor filial es causado por la fe formada por la caridad.[28] Igual que identifica el temor filial y el temor casto, nos parece que S. Tomás relaciona estrechamente la filiación divina con la alianza esponsal con Dios: «Por la fe, el alma se une a Dios: pues por la fe el alma cristiana celebra como una especie de matrimonio con Dios: *te desposaré conmigo en fe* (Os 2, 20)», y esto puesto que el temor filial y casto se identifican, pertenecen a lo mismo.[29]

Veamos con más detalle algunas de las virtudes con las que está relacionado el temor filial. «La humildad principalmente importa la sujeción del hombre a Dios. Por eso S. Agustín (...) la atribuye al don de temor, por el cual el hombre reverencia a Dios».[30]

b) Temor y humildad. La humildad da luz interior, la sabiduría de Dios. Una característica de quien se sabe hijo pequeño es la confianza, y Dios se revela a los pequeños y los llena de humildad, que es la mejor garantía para recibir de Dios el don de la verdadera sabiduría: los hombres tienen sabiduría cuando tienen verdad, como la filosófica; la sabiduría filosófica se daba a pocos y la divina *a los pequeños*, entendiendo como tales a los pueblos: *esta es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos* (Dt 4, 6). O entiendo por pequeños a lo humildes: *ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los humildes* (Mt 11, 25).[31] Y dice también el Aquinate: «La

---

[27] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 11.

[28] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 7, a. 1.

[29] *Exposición al Símbolo de los Apóstoles*, prol.: en *Escritos de catequesis*, cit., p. 29. Ya se habló de la unidad entre temor filial y casto: «Unde timor filialis et castus ad idem pertinent, quia per caritatis amorem Deus Pater noster efficitur, secundum illud Rom 8, *accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*; et secundum eandem caritatem dicitur etiam sponsus noster, secundum illud 2 ad Cor 11, *despondi vos uni viro, virginem castam exhibere Christo*»: *S. Th.*, II-II, q. 19, ad 3.

[30] *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 2 ad 3; cf. q. 19, a. 12 ad 2; III, q. 80, a. 10 ad 3. Si en el vértice de la jerarquía de las virtudes del hijo de Dios se encuentran las virtudes teologales junto con los dones del Espíritu Santo, de entre las virtudes morales es primera la humildad (cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9 c.), que es para S. Tomás la raíz de todo el edificio espiritual: en cuanto remoción de lo que impide el crecimiento de las virtudes, la soberbia, y hace estar siempre abierto a recibir el influjo de la gracia divina, según el Apóstol: *Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia* (Iac 4, 6), id l «humilitas dicitur spiritualis ædificii fundamentum»: *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 5 ad 1. id s En cuanto fundamento como aquella virtud por la cual accedemos a Dios, esto es, la fe: cf. *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 5 ad 2. id i «Nella attiva passività con cui l'uomo spirituale si lascia agire dallo Spirito -nella cooperazione all'agire divino in noi, che contraddistingue la vita della grazia-, quello con cui egli contribuisce come più proprio è addiritura l'*umiltà*: si capisce allora il posto centrale che la morale cristiana ha sempre attribuito a questa virtù»: R. GARCIA DE HARO, *Il rapporto natura-grazia...*, cit., p. 344.

[31] Cf. *In Ps.*, 18: Vivès 18 [331]; cf. J. REVUELTA, *o. c.*, pp. 305 s.

humildad, en cuanto virtud especial, mira principalmente a la sujeción del hombre a Dios, por el cual se somete también a los demás, humillándose ante ellos».[32]

Con el temor filial, el hombre no se detiene ya a considerar el mal que le atañe personalmente; piensa ante todo en Dios, a quien ama sobre todas las cosas: «Por el don de temor, pues, el hombre se fija ante todo en la santidad infinita de Dios y, contempla también de modo reflejo su propia nada. De ahí que el temor excluye hasta la raíz y el principio de la soberbia».[33]

c) *Temor y otras virtudes como la reverencia y la templanza.* Relaciona Santo Tomás el temor filial con muchas virtudes ligadas también a esta humildad como la reverencia a Dios.[34] Perfecciona también la templanza, según aquello: *confige timore tuo carnes meas* (Ps 118, 120), para evitar cualquier cosa que sea ofensa a Dios.[35]

El temor, considerado en toda su extensión, abarca todas las virtudes como una raíz influye en todo el árbol, pues en todas está el acercarse o no a Dios.[36] Pero destaca la relación que tiene con esta vigilancia de la que hablamos, la purificación de los afectos, y penitencia. El temor filial incluye -como todo temor- una huida,[37] para evitar el pecado y hacer el bien,[38] y suscita el dolor de amor

---

[32] «Philosophus intendebat agere de virtutibus secundum quod ordinantur ad vitam civilem, in qua subiectio unius hominis ad alterum secundum legis ordinem determinatur, et ideo continetur sub iustitia legali. Humilitas autem secundum quod est specialis virtus, præcipue respicit subiectionem hominis ad Deum, propter quem etiam aliis humiliando se subiicit»: *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 1 ad 5.

[33] *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9 ad 4. Van contra este don la presunción, el descorazonamiento (de quien se ha replegado sobre sí mismo) y el olvido del sentido del pecado, a veces consecuencia de lo anterior: Cf. *S. Th.*, II-II, q. 130, a. 2 ad 1.

[34] «Sed timor filialis, qui reverentiam exhibet Deo, est quasi quoddam genus ad dilectionem Dei, et principium quoddam omnium eorum quæ in Dei reverentiam observantur. Et ideo de timore filiali datur præcepta in lege sicut et de dilectione; quia utrumque est præambulum ad exteriores actus qui præcipiuntur in lege, ad quos pertinent præcepta decalogi. Et ideo in auctoritate legis inducta requiritur ab homine timor, et 'ut ambulet in viis Dei' colendo ipsum, et 'ut diligat ipsum'»: *S. Th.*, II-II, q. 22, a. 2. «Ad hoc autem quod aliquid sit bene mobile ad aliquo movente, primo requiritur ut sit ei subiectum, non repugnans: quia ex repugnantia mobilis ad movens impeditur motus. Hoc autem facit timor filialis vel castus, inquantum per ipsum Deum reveremur, et refugimus nos ipsi subducere»: *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9.

[35] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 141, a. 1 ad 3. «Temperantiæ autem respondet quodammodo donum timoris. Sicut enim ad virtutem temperantiæ pertinet, secundum eius propriam rationem, ut aliquis recedat a delectationibus pravis propter bonum rationis; ita ad donum timoris pertinet quod aliquis recedat a delectationibus pravis propter Dei timorem»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 4 ad 1.

[36] «Timor Dei comparatur ad totam vitam humanam per sapientiam Dei regulatam sicut radix ad arborem: unde dicitur Eccli 1, 25: *Radix sapientiæ est timere Dominum: rami enim illius longeavi*. Et ideo, sicut radix virtute dicitur esse tota arbor, ita timor Dei dicitur esse sapientia»: *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 7 ad 2.

[37] «Timor filialis includit aliquam fugam; non tamen fugam Dei...»: *De Veritate*, II, q. 28, a. 4 ad 4.

que consigue de Dios el perdón: «El amor divino no soportó quedar sin fruto. Por consiguiente, es natural que los corazones de los hombres, destruidos por el pecado, sean restaurados (...) todos los pecados son perdonados a causa del amor: *Le han sido perdonados muchos pecados porque amó mucho* (Lc 7, 47). *El amor cubre todas las faltas* (Prv 10, 12). *El amor cubre los pecados en bloque* (1 Pet 4, 8)».[39]

El temor de Dios, como el de piedad, supuesta la distinción que a veces se hace, *purifica al hombre de toda mancha*, conserva al alma limpia de lo que no es de Dios. Aleja al hombre de todo lo que pueda contristar al Paráclito (Eph 4, 10), con el concurso de todos los dones.[40] El «instinto» de la filiación divina, ese dejarse llevar por el Espíritu, está así fundamentado en este don del temor filial.[41]

4. Los demás dones del Espíritu Santo, en relación con el temor filial

a) La sabiduría. Quienes son movidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios, y es igualmente verdadera la proposición recíproca: quienes son hijos de Dios se dejan llevar por el Espíritu de Dios, y esto es la Sabiduría: el don de *Sabiduría* conduce a conocer con profundidad a Dios; es uno de los dones que el Aquinate relaciona más con la filiación divina: permite que el hijo de Dios sea movido por el Espíritu Santo a alcanzar un conocimiento amoroso de su Padre, y al mismo tiempo regular las acciones humanas con vista a dirigirlas a su último fin, como es propio de los sabios.[42] Tiene la función de regir y regular la vida del hombre de acuerdo con las verdades divinas. Es norma de vida y conduce a que

---

[38] «Timor Dei operatur ad vitationem cuiuslibet peccati: quia ut dicitur Prov. 15, 27: *per timorem Domini declinat omnis a malo*. Et ideo timor facit negligentiam vitare. Non tamen ita quod directe negligentia timori opponatur: sed inquantum timor excitat hominem ad actus rationis. Unde etiam supra habitum est, cum de passionibus ageretur, quod timor facit consiliativos»: *S. Th.*, II-II, q. 54, a. 3 ad 4; cf. *In ad Rom.*, c. 11, lec. 5.

[39] *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 6: *Escritos de catequesis,* cit., p. 91.

[40] «Todos los demás dones le ayudan en esta función primordial: las luces de los dones contemplativos le descubren la grandeza de Dios y la significación del pecado, las directrices prácticas del don de consejo le formulan las consignas para la acción; el don de piedad le mantiene en una lucha sin desfallecimientos contra el mal. El don de temor, a su vez, les recuerda sin cesar a los demás dones nuestra condición de pecadores, los estragos del pecado mortal o venial en la vida del espíritu, los retrasos que producen todas nuestras imperfecciones. En una palabra, asegura nuestra total sumisión a Dios»: M. D. PHILIPHON, *Les dons du Saint-Esprit*, cit., p. 340.

[41] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 9 ad 1.

[42] «Videre enim Deum respondet dono intellectus; et conformari Deo quadam filiatione adoptiva, pertinet ad donum sapientiæ»: *S. Th.*, I-II, q. 69, a. 3 ad 1; cf. *S. Th.*, II-II, q. 45, aa. 1-3. Cf. J.-A. FIDALGO, *Hermenéutica bíblica de Sto. Tomás de Aquino: interpretación de la Sabiduría del Antiguo Testamento*, en «Biblia y Hermenéutica», Universidad de Navarra, Pamplona 1986, pp. 477-486.

todos los actos del hijo de Dios sean agradables a su Padre, porque se conforman con su voluntad.[43]

Tomando el don de temor considerado en sí mismo, vemos que cuanto más crece el amor más baja el temor inicial: *initium sapientiæ timor Domini* (Ps 110, 10); y *perfecta caritas foras mittit timorem* (I Io 4, 18). Por esto, insiste el Angélico, el temor inicial dispone a la sabiduría, y el temor filial o casto tiene ya el efecto de la sabiduría.[44]

Santo Tomás relaciona las bienaventuranzas con los dones, y atribuye la destinada a los pacíficos, a la sabiduría: *Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur* (Mt 5, 9). Al don de la sabiduría no compete sólo contemplar las cosas divinas, sino también guiar los actos humanos. El temor es *initium sapientiæ* (Ps 110, 10), pues nos hace huir del mal; y además guía para el hijo de Dios en su actuar, es que todo sea llevado al orden debido, y en esto está la paz. *Bienaventurados los que construyen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9).[45]

El Aquinate lo explica a partir del concepto agustianiano de sabiduría como participación de la sabiduría divina: la paz es tranquilidad en el orden (*tranquillitas ordinis*), y ordenar es propio de la sabiduría. Ahora bien, algunos son llamados hijos de Dios en cuanto participan de la semejanza del Hijo unigénito y natural de Dios (cf. Rom 8, 29), el cual es la Sabiduría generada; por eso recibiendo el don de la sabiduría el hombre recibe la filiación divina. Así,

---

[43] *S. Th.*, II-II, q. 45, a. 3; cf. Sap 8, 4-21. «Al hacernos conocer a Dios y gustar de Dios, nos coloca en condiciones de poder juzgar con verdad sobre las situaciones y las cosas de esta vida»: BEATO J. ESCRIVA, *Es Cristo que pasa*, n. 133. Cf. J. SANTANA, *o. c.*, pp. 182 ss. sobre los efectos de este don: nos hace ver todo desde el punto de vista de Dios, ilumina los acontecimientos diarios y los grandes, gusto y sabor de las cosas divinas, entender la cruz (cf. 1 Cor 2, 1ss).

[44] «Timor est initium sapientiæ. Aliter tamen timor servilis, et aliter timor filialis. Timor enim servilis est sicut principium extra disponens ad sapientiam, inquantum aliquis timore poenæ discedit a peccato, et per hoc habilitatur ad sapientiæ effectum; secundum illud Eccli 1, 27: *timor Domini expellit peccatum*. Timor autem castus vel filialis est initium sapientiæ effectus»: *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 7 c. «Timor autem castus vel filialis est initium sapientiæ sicut primus sapientiæ effectus. Cum enim ad sapientiam pertineat quod humana vita reguletur secundum rationes divinas, hic oportet sumere principium, ut homo Deum revereatur et se ei subiiciat: sic enim consequentur in omnibus secundum Deum regulabitur»: *S. Th.*, II-II, q. 19, a. 7.

[45] «Septima enim beatitudo est, *beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*. Utrumque autem horum pertinet immediate ad caritatem. Nam de pace dicitur in Ps 118, 165: *pax multa diligentibus legem tuam*. Et ut apostolus dicit, Rom 5, 5, *caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*; qui quidem est *spiritus adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*, ut dicitur Rom 8, 15. Ergo septima beatitudo magis debet attribui caritati quam sapientiæ»; pero al mismo tiempo indica que «caritatis est habere pacem: sed facere pacem est sapientiæ ordinantis. Similiter etiam Spiritus Sanctus intantum dicitur *Spiritus adoptionis* inquantum per eum datur nobis similitudo Filii naturalis, qui est genita sapientia»: *S. Th.*, II-II, q. 45, a. 6, ad 1; cf. I. MENÉNDEZ-REIGADA, *El don de sabiduría y el amor afectivo*, en «La Ciencia Tomista» 73 (1947) 286-300; cf. RAMIREZ, *De donis*, cit., p. 218.

explica el Aquinate que el Espíritu Santo se llama «Espíritu de adopción» en cuanto nos confiere la semejanza al Hijo, que es la Sabiduría increada. La sabiduría que *per nationes in animas sanctas se transfert, amicos Dei et prophetas constituit* (Sab 7, 27), es la Sabiduría increada, la cual primero se une a nosotros por la caridad, y nos revela los misterios.[46] Esta contemplación se muestra en una unidad de la caridad que integra todas las facultades en la vida del hijo de Dios, lo cual significa que el sentimiento de piedad filial va penetrando en todas sus potencialidades: El principio del amor es doble, pues se puede amar tanto por el sentimiento como por el dictado de la razón. Por el sentimiento, cuando el hombre no sabe vivir sin aquello que ama. Por el dictado de la razón, cuando ama lo que el entendimiento le dice... Y nosotros debemos amar a Dios de los dos modos, también sentimentalmente, para que el corazón de carne se sienta movido por Dios, conforme a lo que se expresa en el salmo: *mi corazón y mi carne se regocijaron el el Dios vivo* (Ps 83, 3).[47]

Al tratar los demás dones que hacen referencia a la potencia intelectual, Santo Tomás nos muestra cómo colaboran en ese conocimiento intuitivo acompaña al «instinto del Espíritu Santo» del que hablamos.

b) El Consejo y el «instinto del Espíritu Santo», según Santo Tomás. El don de Consejo dispone al hijo de Dios para recibir la moción divina por la que se comprende cuál es la voluntad del Padre en cada momento, y qué hay que hacer para alcanzar la salvación.[48]

También este modo instintivo, divino de conocer los designios de Dios está relacionado por el Aquinate con la filiación divina de modo especial:[49] a los hijos

---

[46] El don de sabiduría alcanza a Dios en un «conocimiento experimental» que se basa en la unión de Dios con el alma, en una donación y «en esto consiste el saber espiritual, que mediante el afecto experimenta la unión, y no sólo por la luz o el discurso que nos muestra la esencia»: JUAN DE SANTO TOMAS, *Los dones...*, cit., p. 486; «esta experiencia afectiva hace al objeto, más conveniente, proporcionado y unido íntimamente a la persona, y así el entendimiento lo percibe como algo ya experimentado y unificado con él» (*ibid.*, p. 387); cf. M.-J. RODRIGUEZ MARTINEZ, *San Agustín, Santo Tomás y el problema de la sabiduría*, cit., pp. 350-354; M.-G. MIRALLES, *El conocimiento por connaturalidad en teología*, en «XI Semana española de teología», C.S.I.C., Madrid 1952.

[47] Cf. *In Ev. ad Mt.*, c. 22, lec. 4 [1814], cf. c. 5 [435]. Hemos visto que la moral cristiana es vivir la vida de Cristo, y esto es la sabiduría que nos depara la felicidad, que está resumida en las bienaventuranzas, en el amor a la cruz: la vida de Cristo es morir (cf. ad. 2). «Camino, Verdad y Vida. Una ley interior que supera toda especulación filosófica, que supera todos los conocimientos y todos los amores de la tierra. Una sabiduría que sale al encuentro de los que la buscan para confirmarles en la libertad de los hijos de Dios»: M.-J. RODRIGUEZ MARTINEZ, *San Agustín, Santo Tomás y el problema de la sabiduría*, cit., p. 380.

[48] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 52, a. 1: *In II ad Cor* c. 6, lec. 2

[49] «Ideo certitudinem consilii attingere non est humanum, sed divinum, cujus est per certitudinem eventus contingentium prævidere. Et ideo oportet quod ad hanc certitudinem mens elevetur supra humanum modum instinctu Spiritus Sancti: *qui enim Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt* (Rom 8, 14), et ideo consilium est donum»: *In III Sent.*, d. 35, q. 2, a. 4 c. «Ad tertium

de Dios les es atribuido el don del consejo, en cuanto que su razón es instruida por el Espíritu Santo sobre las acciones que han de cumplir.[50]

c) El don de Ciencia, y la dinámica de ese conocimiento sobrenatural intuitivo. La dinámica de los dones, en Santo Tomás, va unida a una cierta ausencia de discurso: los estos permiten al hombre seguir bien las mociones divinas, sus inspiraciones,[51] Esa carencia de discurso es afirmada por Santo Tomás de un modo general,[52] y lo relaciona concretamente a la ciencia: «En Dios el juicio cierto de la verdad es por simple intuición y sin discurso alguno; y por eso la ciencia divina no es discursiva o de razonamientos, sino absoluta y simple. A ella es semejante, pues es como una participación de la misma, la ciencia enumerada entre los dones del Espíritu Santo».[53]

---

dicendum quod filii Dei aguntur a Spiritu Sancto secundum modum eorum, salvato scilicet libero arbitrio, quæ est facultas voluntatis et rationis. Et sic inquantum ratio a Spiritu Sancto instruitur de agendis, competit filiis Dei donum consilii. Perducit eubulia, ut dicit Philosophus in 6 Ethicos... sed quia operabilia humana contingentia sunt, et possunt deficere ne ad finem intentum perducantur; ideo certitudinem consilii attingere non est humanum, sed divinum, cujus est per certitudinem eventus contingentium prævidere. Et ideo oportet quod ad hanc certitudinem mens elevetur supra humanum modum instinctu Spiritus Sancti: *qui enim Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt*, Rom 8, 14, et ideo consilium est donum»: cf. *S. Th.*, II-II, q. 52, a. 1 ad 3.

[50] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 52, a. 1. *Comp. theol.*, lib. 2, c. 8 [572]. También se podría desarrollar una relación de la filiación divina, según la doctrina del Aquinate, con el don del *Entendimiento*, que hace que el hombre conozca con más inteligencia los misterios de la fe y las verdades que a ella se ordenan, para que conozca según un «anticipo de lo que se ha de manifestar en el futuro»: cf. *In III Sent.*, d. 34, q. 1, a. 1, sol.

[51] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 1 c.; J. C. DOMINGUEZ, *La vida en el espíritu*, cit. pp. 259-263. Se intenta explicar diciendo que el alma es movida activamente sin necesidad de discurso previo: *supra deliberationem discursivam*. Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De Gratia*, Marietti, Torino 1947, p. 30.

[52] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 1 c.

[53] *S. Th.*, II-II, q. 9, a. 1. Este don tiene por objeto las cosas creadas, se comprenden mejor qué son y qué han de ser dentro de los planes de la providencia (cf. *S. Th.*, II-II, q. 9, aa. 3-4). Todos los dones y virtudes están relacionados, la ciencia se relaciona entre otros con la sabiduría y la caridad: «et sic sapientia et scientia nihil aliud sunt quam quædam perfectiones humanæ mentis, secundum quas disponitur ad sequendum instinctum Spiritus Sancti in cognitione divinorum vel humanorum. Et sic patet quod huiusmodi dona sunt in omnibus habentibus caritatem»: *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 5 ad 1.

Precisamente la ausencia de discurso es una característica propia del conocimiento espiritual de los ángeles y sobre todo del modo divino de obrar, por lo que es lógico que se mantenga en esas operaciones en las que Dios actúa en nosotros (la componente discursiva aparecerá también, en mayor o menor medida): «bajo la moción divina, el espíritu humano realiza su proceso psicológico deliberativo, es decir, voluntario y racional, que culmina en el juicio y en el imperio, que dictaminan y regulan la consiguiente ejecución. En esta manera de actuar bajo la moción divina, el hombre es motor y regla de sí mismo. El cometido de estos actos es facilitar la moción suprarracional del hombre. Pero esta moción, aunque sobrepasa el proceso cognoscitivo y volitivo racional, no por eso es irracional, meramente impulsiva, ejecutiva o eficiente. Santo Tomás la califica insistentemente de "inspiración o instinto divino", que le hace conocer y querer por encima del consejo, del juicio, de la regla y del imperio racional»: M. LLAMERA, *Unidad de la teología de los dones según Santo Tomás*, en «Revista Española de Teología» 15 (1955), p. 252.

.Fc

Como hemos visto, es una dinámica semejante a las acciones naturales realizadas bajo el instinto, que nos mueve *ad modum inclinationis naturalis*.[54] El doctor Angélico es muy claro.[55] El don de Fortaleza, que lleva consigo la firmeza en la lucha,[56] es la que modera el temor y la medida del amor.[57] Ya se ha hablado de ese modo de acción divina, de como «somos ayudados por el Espíritu Santo en las dificultades de la vida presente»,[58] y de los frutos de la paciencia, al tratar de la virtud de la esperanza, de la cruz, y lo volverá a tocar al tratar de la oración filial, como veremos más adelante.

Santo Tomás relaciona el temor filial principalmente con las bienaventuranzas dirigidas a los pobres de espíritu (cf. Mt 5, 3) y a los que lloran (cf. Mt 5, 5).[59] Ese instinto divino hace el alma humilde, lejos de las magnificencias exteriores como honores y riquezas.[60]

---

[54] «Parece legítimo comparar las acciones realizadas sobrenaturalmente mediante la intervención de los dones, con las obras naturales mediante instinto, ya que unas y otras tienen en común el proceder, no como conclusión de un discurso, sino del impulso independiente de todo razonamiento, y suponen el consentimiento de la voluntad por motivos más bien de orden intuitivo. Pero, mientras que en el caso del instinto natural son los mismos impulsos los que constituyen el instinto, no ocurre lo mismo en el caso de los dones: los impulsos ahora son las mociones del Espíritu Santo, gracias iluminantes y fortalecedoras, pero no los dones, que constituyen simples disposiciones para recibir esas mociones: los dones no son instintos del Espíritu Santo, sino que disponen a obrar bajo el instinto del Espíritu Santo»: J. DE GUIBERT, *Les dons du Saint-Esprit. La question théologique*, en «Revue d'Ascétique et Mystique» 53 (1933), p. 21. Con otras palabras, podemos decir que pertenecen los dones a un tipo de causalidad de tipo principal-instrumental, distinta de la causalidad primera-segunda presente en el concurso divino natural y en el obrar sobrenatural creado mediante el empleo de las virtudes infusas: cf. J. C. DOMINGUEZ, *La vida en el Espíritu*, cit., pp. 245-251, y 263. «Todo cristiano en gracia, movido por instinto divino, y mediante los dones, obra bajo la acción continua y directa del Espíritu Santo»: A. MILANO, *L'istinto nella visione del mondo*..., cit. p. 139.

[55] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 68, a. 2 c. La especial inspiración que se recibe mediante los dones, no sólo es efectiva (como la gracia actual), sino también directiva, regulativa: así, la regla sobrehumana causa un modo de obrar también sobrehumano, y esta regla superior es el motivo formal de los actos de los dones, distinto del de las virtudes: cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De virtutibus theologicis*, R. Berruti, Torino 1949, p. 27.

[56] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 139, a. 1.

[57] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 123, a. 5 ad 2.

[58] *In ad Rom.*, c. 8, lec. 5 [686]: «... per Spiritum Sanctum adiuvamur in defectibus vitæ presentis».

[59] «Respondeo dicendum quod timori proprie respondet paupertas spiritus. Cum enim ad timorem filialem pertineat Deo reverentiam exhibere et ei subditum esse, id quod ex huiusmodi subiectione consequitur pertinet ad donum timoris»: *S. Th.*, II-II, q. 19 a. 12; cf. *In III Sent.*, d. 34, q. 1, a. 1. El orgullo es la deformación más radical de la naturaleza humana (cf. Eccl 30, 24; Prv 12, 2.10.15; 13, 1) y la pobreza de espíritu consiste en la humildad. Como vimos, el conocimiento de la santidad infinita de Dios y la miseria nuestra empuja a una vigilancia delicada para evitar

CAPITULO III

todas las ocasiones de ofender a Dios y usar rectamente de las cosas creadas. Cf. *S. Th.*, II-II q. 19, a. 12 ad 2. Cf. JUAN DE SANTO TOMAS, *Los dones...*, cit., p. 567; Eccl; 24, 24s.
.

[60] "Quod non quaerat magnificari in seipso per superbiam; neque etiam quaerat magnificari in exterioribus bonis, scilicet honoribus et divitiis; quorum utrumque pertinet ad paupertatem spiritus, secundum quod paupertas spiritus intelligi potest vel exinanitio inflati et superbi spiritus, ut Augustinus exponit (L. I, c. 1: PL 34, 1231); vel etiam abiectio temporalium rerum quae fit spiritu, idest propria voluntate per instinctum Spiritus Sancti, ut Ambrosius et Hieronymus exponunt": *In Mt.* 1, 2 super 5, 3: PL 26, 34)": *S. Th., II-II,* q. 19, a. 12 c.